

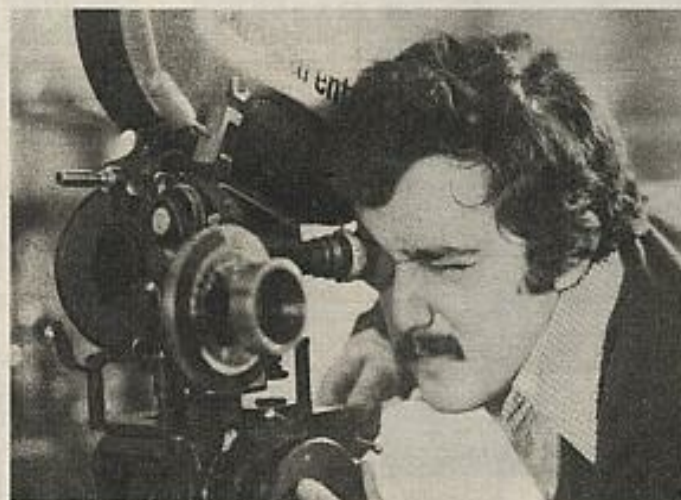
gar película erótica con ramalazos de humor, en "Ernesto" está más cerca, aunque tampoco lo logre plenamente ni mucho menos: se le van las fuerzas en querer también una película impactante para un público burgués o aburguesado, es decir, en provocar el suficiente escándalo como para que su película sea fácilmente comerciable. Y así, la historia de Ernesto, el joven que se inicia en experiencias homosexuales, para más tarde alternarlas con las de la ambigua pareja de los gemelos (hermano homosexual, hermana heterosexual), se queda en simple juego de sorpresas, sin que el punto de vista de Samperi sea una defensa de esa libertad sexual ni una condena; sin que el telón de fondo de esa sociedad tenga mucho que ver con las experiencias íntimas del muchacho y sin que el tono de comedia (en ocasiones excelente) sea tampoco una elección ideológica o moral.

Quizá "Ernesto" quiera ser la historia de una renuncia, del aburguesamiento del adolescente que prescinde de sus gustos sexuales para aceptar la mecánica fagocitadora de su medio ambiente. Pero, en cualquier caso, esa posibilidad no se plantea hasta los últimos momentos de la película y el excelente plano final. Samperi, como de costumbre, se diversifica y no acaba de encontrar el camino coherente. Sin olvidar su inevitable hortez cuando, por ejemplo, para contar las aficiones musicales de Ernesto, le hace imaginarse a él mismo en un escenario. Técnicas narrativas del año catapón para una historia que quiere plantear una opinión moderna sobre el sexo.

La película se vio en el último Festival de Berlín, donde Salvatore Samperi no supo contestar a los continuos ataques que recibía de sus entrevistadores. Encogéndose de hombros, se hacía un lío. Pero quizá es que las preguntas no entraban en lo único que Samperi tenía claro: hacer mucho dinero y pronto. ■ DIEGO GALAN.

El difícil mundo del cortometraje

Un entusiasta aficionado al cine que trabaja en esta revista preguntaba hace unos días las razones por las que no se comen-



Imanol Uribe, director del corto antinuclear "Ex".

tan también aquí los cortometrajes. Y al plantear ese problema metía el dedo en la llaga de uno de los suplicios que debe sufrir el cortometraje en nuestro país. La razón inmediata que podía dársele es que los cortometrajes se estrenan de manera caprichosa en no importa qué cine, sin previo aviso y que no siempre permanecen en cartel el tiempo que dura la película a la que acompaña. Por otra parte, la programación de cortometrajes —salvo escasísimas excepciones— es independiente de la de los largos, y así podemos ver en distintos cines el mismo corto durante varios años, mientras que cortos mejores o al menos inéditos desaparecen en una semana para no ser vistos nunca más. En esas condiciones parecía injusto comentar los cortometrajes que acompañan a los largos que vemos en las salas en que los vemos, es decir, un espectador que elija una sala distinta no ve ya el mismo corto, aunque sea en la misma ciudad, y un espectador de otra ciudad no verá jamás el corto que comentamos o lo verá por casualidad. Es común a los locales españoles no anunciar el corto que proyectan.

¿Qué servicio puede prestársele al corto desde una sección crítica si el espectador, además, no elige la sala o la película por el corto que acompaña? ¿Qué garantías, por otra parte, puede tener el crítico de que el corto se proyecte en todas las sesiones cuando también es costumbre frecuente que se elimine en algunos países para aprovechar más el tiempo y proyectar una vez más al día la

película larga? Existe una obligación de proyectar cortos; recientemente, además, en las reivindicaciones realizadas por la profesión cinematográfica frente al Ministerio de Cultura —que el Ministerio, dicho sea de paso, se comprometió a llevar al Parlamento en este mes de septiembre—, se incluyó la de que el corto tuviera un minutaje mínimo de proyección y una obligatoriedad de cuota de pantalla similar a la del largo. Reivindicaciones formuladas por Luis Esteban Lasala que, a pesar de su timidez natural, viene siendo desde hace tiempo el productor que más intrépidamente defiende la vida del cortometraje. Pero esas reivindicaciones, caso de ser complacidas, no eliminarán la triste vida pública del cortometraje; como mucho, quizá, su penosísima vida económica. El espectador, sin embargo, seguirá sin saber qué va a ver y cuándo. Desconcierto que, por otra parte, no ayuda demasiado a favorecer una mejor consideración desde espectador respecto a este tipo de cine. El mundo del cortometraje suele estar vilipendiado (entre otros, por los realizadores de largos que gozan despotricando contra quienes trabajan en condiciones muy inferiores a las suyas); en ocasiones, con las mismas razones con que pueden vilipendiarse los largos (no; con más aún. El largo nos cuesta dinero y el corto es un regalo que dura poco). De ahí que, en ese ambiente confuso y ante la posibilidad injusta de hacer juicios negativos contra una obra que ya tiene difícil desde su nacimiento hasta su defunción,

decidiéramos hace tiempo no comentar más los cortos que arbitrariamente nos proyectan en algunas salas. Otra cosa distinta es la crónica de festivales especializados. El próximo mes de octubre volverá a celebrarse el de Huesca y, como en años anteriores, registraremos aquí su contenido. ■ D. G.

TEATRO

El Principal, para Valencia

Al fin, tras muchos años de lucha incruenta, el mantenimiento del Hospital Provincial valenciano ya no va a contribuir a la analfabetización teatral de los ciudadanos. La idea de que una cosa es la cultura y otra la sanidad pública, y de que tan absurdo sería curar una úlcera de estómago con una buena "Fuenteovejuna" como empeñarse en operar a quienes necesitan desarrollar su sensibilidad, su inteligencia y su conciencia social, acaba de ser proclamada oficialmente en mi ciudad. Quienes, durante años, tuvimos la audacia de afirmarla públicamente, negando lo que a las autoridades valencianas de la época —en especial, a la Diputación— parecía lógico, lo celebramos como una victoria. Al fin, el Principal, un instrumento potencialmente básico para el desarrollo de una vida teatral al servicio de la ciudad, ha sido rescatado de sus dos grandes enemigos: la empresa privada y las necesidades del hospital. Ahora será un teatro de interés público, regido por dos directores —Armando Moreno y Rodolfo Sirera—, a quienes se les pide, sobre todo, una buena gestión cultural, sabiendo que ésta es inseparable del respaldo social, es decir, de una asistencia razonable de público que haga de la temporada no sólo una sucesión de buenos espectáculos, sino, a la vez, un trabajo artístico útilmente proyectado.

Conocidas son las personalidades de Armando Moreno y Rodolfo Sirera. El primero ha sido el director de la compañía de Nuria Espert, su esposa, además de realizar, siempre con seriedad,



Teatro Principal, Valencia.

diversas incursiones en el campo de la adaptación de obras extranjeras y en la dirección escénica y cinematográfica. Y en cuanto a Rodolfo Sirera, de quien hemos hablado repetidamente en estas páginas, se trata de un primerísimo dramaturgo en toda la historia del teatro valenciano. Está, pues, fuera de duda que ambos van a esforzarse al máximo para armar una temporada que atienda a diversos frentes, que profundice en las formas de un teatro de y para Valencia sin caer en el localismo. Los dos son valencianos, pero, cada uno a su manera, con los elementos propios de su trabajo, se han caracterizado por eludir el concepto sainetesco, el folclorismo trivial, en que muchos cifran, erróneamente, la rebelión de su identidad frente a pasados centralismos.

Es seguro que, por mucho que sea su tiento, Moreno y Sirera se equivocarán más de una vez. Nada se hace de repente. Y lo que promete el Principal en estos momentos es, nada menos, que echarse a andar como teatro de la ciudad. Las tradicionales temporadas de ópera y los días de concierto serán lógicamente respetados. Se procurará acoger cuantas expresiones teatrales populares serias puedan beneficiarse de ese marco. Se montarán espectáculos propios y se traerán aquellos otros que valgan la pena. Se combinarán las compañías hechas de grandes nombres con la invitación a los grupos independientes. Se organizará un archivo, se ordenará una investigación y hasta es posible que se celebre un festival internacional...

Las ideas son muchas, y Armando Moreno y Rodolfo Sirera piensan contar con una serie de colaboradores. Dos puntos son ahora fundamentales: 1.º Que las subvenciones oficiales o de cualquier otra índole estén a la altura del empeño. 2.º Que las distintas fuerzas que luchan desde hace años por dotar a Valencia de una decorosa vida teatral se apoyen entre sí, respetando el área de cada cual, sin caer en la zancadilla y el resentimiento.

El teatro Principal exige un nuevo compromiso, porque nuevo es en Valencia contar con él como un servicio cultural de interés público. La historia empieza ahora y se inscribe, sin duda, dentro de las conquistas de nuestra realidad democrática; de esa realidad conflictiva que, tantas veces, se quiere medir —interesadamente— sólo por las carencias. ■

JOSE MONLEON.

DISCOS

Sardineta y la onda latina

Se rompió el frente común. Hasta hace poco tiempo, Zeleste y sus grupos llevaban la bandera del "roc catalá" con ademán serio y prepotente. Dominaba el jazz-rock y se hablaba mucho de una hipotética música mediterránea. Pero hete aquí que el público empieza a pedir más

marcha y que muchos músicos descubren que se están aburriendo terriblemente. Simultáneamente, renacen con fuerza las fiestas populares: verbenas, balles retro, carnavales, bailes de disfraces, una explosión de vitalidad y alegría. El rock catalán —que nunca fue el bloque homogéneo que pretendía Zeleste— se abre en multitud de direcciones. Y aunque esto haga difícil su promoción (a nivel nacional, se escucha menos a los grupos barceloneses que en los tiempos de Canet Roc), hay inquietud y movimiento.

Por ejemplo, resulta saludable la recuperación y actualización de los ritmos sudamericanos, que siempre gozaron de gran popularidad en Cataluña. Dejando a un lado los fenómenos puramente nostálgicos, como la Orquesta Plateria o el Grup Port-Bo, han surgido nombres como Gato Pérez (versión rumbera), 65 Cordes, Mirasol-Colores (ya decantados hacia lo tropical), Pernil Latino, Tabaco, La Voss del Trópico o Sardineta.

Sardineta es un grupo típico de este deslizamiento. La mayoría de los músicos formaban parte anteriormente de Blay Tritono, una muy digna y onerosa banda de inclinaciones jazzísticas. También es representativo el hecho de que su primer álbum (1) haya sido editado en la más estricta clandestinidad y que apenas nadie hable de ellos o su disco.

(1) SARDINETA (Belter-Sauce 2-47.008, 1979).

Y es un LP encantador. Sardineta se dedican a una variedad de géneros con raigambre latinoamericana: rumbas flamencas, boleros, habaneras y otras cosas menos clasificables. Como Gato Pérez, sus letras no tienen miedo de ser coyunturales y hablan de los presos sociales, del absurdo de que unos útiles de trabajo (los instrumentos musicales) estén gravados con el Impuesto de Lujo, de la estupidez de las leyes contra la marihuana. Y también, de amor y de alegría colectiva.

Instrumentalmente, Sardineta son una excelente banda que pasan con gracia de un estilo a otro. En la parte vocal están más limitados, pero se les soporta bien. Lo único chirriante es la inclusión de unas "jotas manchegas", mayormente porque no encajan en la onda tropical del resto del disco y menos después de una pieza tan dulzonamente romántica como "Te lo dirán". Eso y la tendencia a alargar los temas (sólo ocho en el presente LP) son las principales objeciones al debut de Sardineta: nada que no se pueda remediar en un próximo disco. Si es que les permiten hacer otro disco: la industria fonográfica española prefiere desentenderse de las gentes que no entran en una categoría reconocible y aceptable para los departamentos de "marketing" y promoción. Hoy por hoy, tanto Sardineta como sus compañeros en la onda latina van contracorriente. Pero da gusto verlos navegar. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

Sardineta.

